

ANTONIO PEREIRA, EL «SOLITARIO» DE PAPALAGUINDA

HABLO con Antonio Pereira en uno de sus habituales altos en Madrid, que él aprovecha tan bien para serenar emociones, empujar sus libros y adquirir distancia, tanto de su vivir en León, donde están sus raíces literarias más profundas, como de sus escapadas a la Costa del Sol para contemplar en su salsa el mundo cosmopolita. Ocurre que la última novela de Antonio Pereira, «País de los Losadas», aparecida hace ya unos meses, ha ensanchado su consideración como novelista. El escritor que tanteó la poesía en libros como «Del monte y los caminos», «Cancionero de Sagres» y «Dibujo de figura», con auténtica fortuna, ha conseguido encontrar su poética fundamental en la novela, superadas las debilidades tradicionalistas de «Un sitio para Soledad» y sus evasiones a una cierta «frivolité» internacional de «La costa de los fuegos tardíos». Poeta, narrador -definitivo en sus libros de cuentos «Una ventana a la carretera» y «El ingeniero Balboa y otras historias civiles»-, puede considerarse hoy un importante novelista.

Al día en la técnica narrativa, Antonio Pereira ha escrito en «País de los Losadas» el libro que mejor crítica ha tenido de todos los suyos. Todo un plebiscito de afirmación literaria, en la que parece no ha tenido tanto en cuenta al público como en otras ocasiones.

-Confío en que se me crea que la complicación formal -nada excesiva por otra parte- de «País de los Losadas» no es deliberada ni experimental ni gratuita, sino que viene determinada con naturalidad por la propia historia que se cuenta. José María Losada, en su interior, va siendo influenciado por la figura de quien fuera su tío Jacobo Losada, hasta llegar, o casi a confundirse los dos personajes. Esto puede decirse el autor así de claro y directamente a sus lectores. Y sería el procedimiento más fácil; más «barato». Pero puede aspirar -y tal fue mi empeño, haya acertado o no- Antonio Pereira- a comunicar la confusión y hacerla respirable mediante la propia estructura narrativa. Respecto a tener en cuenta al público... El lector de novelas va estando muy enterado y hasta resabiado. No es ésta la hora del autor que se dirige simplemente a quienes saben leer, en el sentido escolar del concepto.

La buena acogida de «País de los Losadas» no significará el pase definitivo de Antonio Pereira a la novela, porque lo de «pasarse» tiene para Pereira resonancias de guerra civil, algo así como cambiar una lealtad por otra lealtad, y eso le parece excesivo. El escritor piensa seguir escribiendo novelas -de hecho ya está metido en la

próxima-, pero se sentiría mutilado literariamente si supiera que no iba a escribir ni un poema más en su vida, Por esto le resulta difícil situar ordenadamente la posición del poeta, narrador y novelista en su «ranking» literario.

-Mi posición ante el juicio de los demás mejor será que lo digan los demás. Yo trataré de decir algo desde mí mismo y más bien en el orden de los deseos. Una novela produce siempre algún ruido, se la presenta en sociedad, llega a un mayor número de lectores, de manera que ciertas razones -¿habrá que incluir la vanidad?- Podrían llevarme al deseo de ser por este orden novelista-cuentista-poeta: Pero acaso sea más cuentista que novelista. Me atrae ese valor -a veces ese riesgo- de una sola palabra. Ahora he acabado un cuento y vivo dándole vueltas a si debe terminar con «gracias, es usted muy amable trayéndome flores» o «gracias, es usted muy galante trayéndome flores». Y no creas que es un bizantinismo... Bueno, todo esto por lo que se refiere al presente porque si he pensado en la hora de la verdad -esa hora D del día H me gustaría quedar para el recuerdo de alguien como poeta, sobre todo como poeta.

-¿Qué libro de los tuyos crees que no ha sido valorado suficientemente?

-Lo voy a decir muy corriendo, porque es una pregunta que nunca me han hecho: «El ingeniero Balboa y otras historias civiles». De cuentos, naturalmente, o de relatos, de narraciones. Son, en definitiva, cuatro ficciones en que aparece, ahí sí, un giro descarado en mi narrativa. La cuarta en el volumen justamente la que se titula «El ingeniero Balboa», es el puñado de páginas, de cuantas escribí en mi vida, en que más me he aproximado a eso casi angélico que dicen algunos del placer de escribir. Porque yo no siento habitualmente esa satisfacción en el acto mismo de la escritura, aunque sí cuando ya no estoy escribiendo «pero he escrito». El placer de grapar, diría yo. Todos tenemos nuestras manías, a mí me da mucho gusto grapar -amorosamente- los folios mecanografiados y corregidos, que ya componen un libro, que son un libro incluso aunque no llegaran a publicarse.

A pesar de sus idas y venidas, Antonio Pereira pasa la mayor parte de su tiempo en su casa leonesa del paseo de Papalaguinda, por lo que no parece imprescindible para que se hable de uno vivir en los centros neurálgicos editoriales, en Madrid o Barcelona...

-Se puede, sí, escribir y publicar viviendo en León -Crémer es mi convecino en León-, o en Valladolid o en Málaga o en Vigo, si se piensa en Delibes, en Alfonso Canales, en el fabuloso Cunqueiro... Además, ahora nadie vive del todo en su ciudad. Yo, por ejemplo, me muevo por razones literarias (y más aún por las no literarias), de modo que lo mismo ando por el paseo de Papalaguinda que en el café Gijón, y no

digamos en eso de Madrid-Barcelona y Barcelona-Madrid que llaman con hipérbole el «puente aéreo», donde siempre tienes tiempo para leerte un libro, donde siempre te encuentras a Guillermo (Díaz Plaja) leyendo un libro...

También en Fuengirola, de donde viene ahora Antonio Pereira de pasar unas cortas vacaciones, dispuesto, en principio, a aprovecharlas para dar un empujón a la novela que desde hace unos meses tiene entre manos: una novela de la provincia española, que no provinciana. Pero el caso es que en esos días malagueños se le impuso de tal manera un cuento sobre un personaje encontrado en el rellano de la escalera, un tipo tan auténtico que no tuvo más remedio que escucharle y atenderle y después escribirlo. Así que a partir de ahora se enfrascará en la novela, de corte clásico y tradicional otra vez, pero sin prescindir del caudal de innovaciones, que le está tirando casi desde el día en que grapó «País de los Losadas».

Blanca BERASATEGUI